



**GUALBERTO DÍAZ GONZÁLEZ. LA
MATANZA DE TEHUIPANGO. MOVIMIENTO
SOCIAL Y REPRESIÓN EN LA SIERRA
DE ZONGOLICA, 1966-1982. XALAPA:
UNIVERSIDAD VERACRUZANA, 2023,
167 PP. ISBN 9786078858910**

José Manuel Pedroza Cervantes¹



Quizá un conjunto de personas del público lector se pregunten ¿dónde se ubica Tehuipango? ¿cuál matanza de Tehuipango?, ¿qué pasó allí?, y otro tipo de interrogantes que tienen que ver con el objeto-sujeto de estudio del autor

Gualberto Díaz González y que, precisamente, tiene que ver con Tehuipango, un municipio ubicado en la parte alta de la Sierra de Zongolica, es decir, en la región de las grandes montañas del estado de Veracruz, en la zona que colinda con la Sierra Negra de Puebla, específicamente, con el municipio de Tehuacán y con la Sierra Mazateca de Oaxaca.

A lo largo del estudio, Díaz González expone las condiciones físicas del territorio para ofrecer al lector un verdadero viaje a Tehuipango a través de 14 capítulos que en conjunto suman 167 páginas. Durante la lectura, es posible que la comunidad lectora piense y sienta el clima, su relieve, sus olores, su vegetación y, por supuesto, el avistamiento de un paisaje serrano colindante al llamado “corredor industrial”, conformado por Ciudad Mendoza, Nogales, Río Blanco, Orizaba, Ixtaczoquitlán y Córdoba. Paralelamente a este escenario existe otro rostro de Tehuipango, un rostro gris que había estado silenciado y soterrado por varias décadas y que, solo por medio de la memoria histórica y las experiencias de

¹ Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana. Correo electrónico: josepedroza1234510@gmail.com

vida de quienes presenciaron lo ocurrido —es decir, de los testimonios—, fue posible documentar y dar visibilidad al dolor, la impunidad, el despojo, la violación de derechos humanos, los hostigamientos, las injusticias y los abusos de autoridad de un gobierno priista, autoritario y caciquil, que parecía no tener fin en la historia del municipio.

Los elementos geoespaciales y la interacción milenaria de las personas que habitan el territorio permiten advertir lógicas de organización política, social y cultural de origen mesoamericano. Tehuipango, así como Texhuacán, Mixtla, Tlaquilpa, Tequila y Zongolica fueron *altépetl*. Son espacios que albergan habitantes de origen nahua y que, por diversos procesos históricos, llegaron ahí a lo largo del tiempo. En esos lugares, la forma de gobierno era comunal, al igual que la tierra. Tenían un autogobierno, y quien gobernaba era elegido por un proceso de elección popular. Sin embargo, Gualberto Díaz documenta que todo cambió de 1920 a 1960 con la llegada de cinco señores que no eran originarios de Tehuipango —como lo llama Díaz—, y hasta se cambiaron el apellido castellano por uno nahua para que el pueblo los reconociera como parte de la comunidad. Ese grupo de personas, que se distinguía por ser bilingües y por llevar la biblia, independientemente de “llevar la palabra de Dios”, se diferenciaron del resto de la población porque “se repartieron la tierra a como les dio la gana, ahora sus hijos son herederos de grandes extensiones. Pero también dicen que, para que fueran aceptados como parte de la comunidad, tuvieron que cambiar sus apellidos por unos indígenas”.²

La escala de análisis utilizada por Díaz fue la región de refugio, propuesta por Gonzalo Aguirre Beltrán en el libro *Regiones de refugio. Desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en mestizoamérica*, publicado en 1973 por el Instituto Nacional Indigenista. El enfoque de los estudios regionales en la investigación permitió al estudio de Gualberto Díaz observar detalladamente las dinámicas sociopolíticas,

² Gualberto Díaz González, *La matanza de Tehuipango. Movimiento social y represión en la Sierra de Zongolica, 1966-1982* (Xalapa: Universidad Veracruzana, 2023), 57.

socioreligiosas, socioeconómicas y socioculturales de Tehuipango en relación con otros espacios, en cuanto a las formas de convivencia, interacción, organización, migración, trabajo y conflicto. El enfoque también permitió entender los sistemas complejos de la realidad física, de la cultura compartida y sus diferentes manifestaciones y expresiones populares. De ahí que Gualberto Díaz haya detallado de manera lúcida y minuciosa el sistema regional donde enmarca Tehuipango.

En suma, la articulación del enfoque regional, la acción colectiva y los movimientos sociales son la triada por la cual Díaz realizó una historia que había estado soterrada en las narrativas teleológicas, lineales, simplistas y oficialistas. A partir de una bibliografía especializada, el autor enmarca el movimiento social de Tehuipango desde la reivindicación, el reconocimiento de derechos y luchas de indígenas y mujeres durante la segunda mitad del siglo XX en México, concretamente en Veracruz. El nuevo movimiento social (NMS) en Tehui buscó el desarrollo comunitario alternativo, una forma de gobierno en la que no cabían ni formaban parte de la ecuación la opresión, la propiedad privada, el caciquismo y cualquier tipo de violencia y represión hacia las comunidades indígenas.

El libro presenta la historia de un pueblo que cambió a partir de diferentes circunstancias locales, las cuales estuvieron estrechamente vinculadas con ideologías, posicionamientos políticos, luchas, paradigmas y movimientos sociales tanto en el interior de México como en el mundo, que buscaban la horizontalidad, la democratización, el respeto los derechos humanos y la reivindicación de los pueblos originarios.

Tehuipango ha sido y es uno de los espacios con mayor índice de marginación en Veracruz. Las personas que lo habitan viven en la pobreza. El municipio y sus habitantes han sido testigos de los malestares que parecen estar dentro del mapeo de continuidades históricas. Ejemplo de ello son los problemas de salud: desnutrición y anemia en niños y jóvenes; así como el consumo excesivo de bebidas embriagantes. Díaz, en el capítulo “Caciquismo, normalismo, Teología de la

Liberación y la lucha por los derechos”, nombra a los participantes –intelectuales indígenas– que iniciaron el movimiento social para derrocar, desmoronar y quitar del poder a José Cerezo, también conocido como Pepe Cerezo. Siguiendo este apartado, es importante visibilizar el protagonismo del normalismo rural mexicano, incómodo para el régimen, pero al mismo tiempo forjador y semillero de ideólogos y precursores de la democracia y de la lucha del pueblo, de los pueblos originarios, del campesinado, de los obreros, de las mujeres, de las niñas, los niños y los jóvenes, de las minorías y de los sectores marginales.

Gualberto Díaz realizó un recorrido histórico con respecto a la importancia de la escuela rural que, por cierto, nació como un vehículo político e ideológico en la Revolución mexicana. Específicamente en 1915, en Veracruz, floreció el modelo educativo “popular”, que pretendía integrar a todas las comunidades a las escuelas con el fin de proporcionar a las comunidades escolares herramientas útiles y prácticas para el trabajo en el campo. Díaz nombra y explica el protagonismo de jóvenes normalistas que asistían al Centro de Iniciación Pedagógica Enrique Laubscher, en el municipio de Los Reyes, de la Sierra de Zongolica. Eran jóvenes que leían textos sobre socialismo y que verdaderamente estaban preocupados por las injusticias del gobierno caciquil de don Pepe y su red.

Los Reyes fue un laboratorio ideológico donde circulaban lecturas y se estimulaba el pensamiento crítico de las juventudes. Fue la cuna de activistas y referente de incomodidad para los intereses político-caciquiles. Díaz traza cómo Los Reyes se fortaleció con sus integrantes y con los vínculos que estableció con otras instituciones, activistas de la Liga Comunista 23 de Septiembre, grupos comunistas y comunidades eclesiales de base (CEB). No hay que perder de vista que, en ese momento histórico, Lucio Cabañas y Genaro Vázquez eran referentes de lucha y que, seguramente, inspiraron a los estudiantes que Díaz recupera a través de su estudio. También, la Teología de la Liberación en América Latina y Paulo Freire inspiraban y daban sentido al activismo de

estos jóvenes. El respaldo de la Iglesia y su posicionamiento ante la teoría de la dependencia y el desarrollismo, argumenta el autor, jugaron un papel importante en la concientización y movilización popular.

Desde la arena historiográfica, Díaz retrata en microescala los acontecimientos que dan sentido a su pregunta-problema: el movimiento social de Tehuipango. Se evidencia que las lecturas de Fernand Braudel (1968), George R. Stewart (1959), Luis González y González (1968), así como la microhistoria italiana con Carlo Ginzburg (1976) y Giovanni Levi (1993) influyeron para hacer una reconstrucción de hechos desde lo local, en vínculo con lo nacional e internacional. La narrativa de la investigación es sincrónica, pero también diacrónica. Esto ayuda a entender el germen del movimiento social en Tehuipango, su desarrollo, obstáculos y retos, pero también sus logros e impactos en otros espacios y comunidades. Destaca el legado de un grupo organizado que se emancipó, que fue precursor de la democracia, que fomentó el sentido de comunidad y de participación con sus habitantes y que estableció redes de apoyo con gente de sus alrededores, específicamente, con el sector religioso, normalistas, obreros, campesinos, activistas, universitarios y maestros. La mirada sociológica desde la cual el autor se posiciona permite discurrir los procesos de cambio, permanencia y contingencias en relación con el movimiento social en Tehuipango.

Con una metodología etnográfica, el trabajo de Díaz visibiliza las voces de diferentes actores de defensa, lucha y organización social. La lectura de su investigación conduce a comprender cómo se gestó el movimiento hasta quitar del poder a un cacique y diluir cualquier expresión del partido oficial: el Partido Revolucionario Constitucional (PRI).

El trabajo de investigación en el archivo histórico fue importante para contrastar las narrativas documentadas por el Estado en contraste con los testimonios recuperados a través de la historia oral. De tal manera, que la génesis del movimiento social de Tehuipango ayuda a pensar otras realidades en otros espacios, donde el poder caciquil se instaló y la lucha y resistencia fueron el motor que permitió

transitar del individualismo a la comunidad, del autoritarismo a la democracia, de la represión a la participación, de la tierra privada a la tierra comunal y del capitalismo por desposesión a una cooperativa donde todos pudieran vivir sin represión social.

Por otro lado, la obra de Díaz deja entrever un antes y un después de la matanza de Tehuipango. El antes, referido por las variadas efervescencias que impulsaron distintos movimientos sociales, específicamente la Revolución cubana, Abiayala, la matanza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968, el Jueves de Corpus, el halconazo y, como menciona el autor, la guerrilla urbana y rural en todo el país. Respecto al después, hay un parteaguas histórico que hace referencia al movimiento de Tehui, pionero y referente para diversas luchas (un ejemplo de ellos es el Ejército Zapatista de Liberación Nacional) por la democratización del país, que da cuenta de que la unión de la población hace la fuerza y permite pensar en lógicas de comunidad a partir de acciones colectivas y de autogobierno, donde un concejo de ancianos y una asamblea permiten procesos horizontales, participativos y democráticos.

La matanza de Tehuipango, relata Gualberto Díaz, reconoce un amplio número de violaciones a los derechos humanos de las comunidades indígenas. Plasma escenas de terror implementadas por la red de políticos priistas, da cuenta de una militarización “justificada”, el cierre de una escuela que fue imprescindible para pensar el movimiento social, el encarcelamiento y desaparición de activistas, la violación de mujeres, la inhibición del pueblo a partir de la venta de bebidas embriagantes, el endeudamiento de la población, la impunidad, los bajos salarios, el sistema de explotación caciquil, el empobrecimiento del pueblo y el exterminio por parte de un grupo de pistoleros que mató sin compasión aquel domingo de mercado, el 20 de abril de 1980 en Tehuipango.

El trabajo de Díaz permite la reflexión y análisis de cómo se constituyó el movimiento social en Tehuipango. El foco de atención que pone en la organización de Campesinos Pobres Unidos Independientes de Tehuipango (cpuit) es

trascendental para observar cómo un grupo de jóvenes con valentía, carácter y con espíritu de lucha cuestionaban el autoritarismo y la corrupción del ayuntamiento, el despojo de tierras, los cobros indebidos, y cómo se reprimía al pueblo de otras maneras. El autor expone en su trabajo a un Tehuipango que luchó por su propia autonomía, que buscó mejorar las condiciones de vida de sus habitantes y que fue y será referente para la lucha contra las injusticias, calumnias, autoritarismos, represión y el control paternalista de un Estado opresor de antiguo régimen.

En la investigación de Díaz, es evidente que la comunidad lectora podrá transitar tanto por el tiempo pasado como por el presente, ya que gran parte de lo que el autor documentó y analizó sigue vigente en la realidad inmediata, no solo en Veracruz, sino también en México y Latinoamérica. Hay heridas en los pueblos. Hay un país azotado y lastimado por muchos “Pepe Cerezo”, así como gente reprimida por la militarización del gobierno o por grupos criminales.

En suma, la represión a activistas, a reporteros, las violaciones de derechos humanos, feminicidios, infanticidios, abuso sexual de niños y jóvenes, la trata de personas, el despojo a los pueblos originarios por la implementación de megaproyectos, desapariciones forzadas, impunidad y secuestros permiten una lectura en paralelo con el tiempo presente. Reconocer y dar visibilidad a Tehuipango y a otros “Tehuipangos” es dar sentido a las diversas luchas, pero también es ejemplo de dignidad para fortalecer e impulsar otros movimientos sociales.

Finalmente, el presente texto tiene como objetivo invitar a la comunidad lectora a leer esta investigación disponible en dos versiones: impresa o digital, bajo el sello de la editorial de la Universidad Veracruzana. Es importante que *La matanza de Tehuipango. Movimiento social y represión en la Sierra de Zongolica, 1966-1982* pueda ser traducida al náhuatl y circule por aquella región de refugio, para que sus habitantes puedan acceder a su historia, documentada para la posteridad por el autor, Gualberto Díaz González.